

El aporte de Juan Pablo II a la doctrina social de la Iglesia

VÍCTOR M. MARTÍNEZ M., S.J.*

RESUMEN

*N*o podemos desconocer la labor infatigable que el papa Juan Pablo II ha realizado en materia de doctrina social. Sus diferentes intervenciones y acciones en favor de los menos favorecidos, como su posición ante situaciones de conflicto, guerra, hambre, donde se hace evidente la intervención de la Iglesia, han tenido a lo largo de las últimas décadas un verdadero sabor a Evangelio y un tono profético de implicaciones reales en el tejido social del contexto mundial.

Las encíclicas sociales promulgadas en el actual pontificado *Laborem Exercens*, *Sollicitudo Rei Socialis* y *Centesimus Annus*, son documentos de primer orden que testimonian directamente el derrotero que el papa Karol Wojtila ha querido legar en materia social para un mundo que ha sido protagonista y artífice actual de la ausencia de paz, el desequilibrio ecológico y las diversas y sofisticadas formas de acabar con la vida en el planeta.

Palabras claves: *Doctrina social, valores, dignidad, trabajo, derechos humanos, justicia, propiedad, estado, paz, vida.*

* Doctor en Teología, Universidad Gregoriana, Roma. Decano Académico, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, D.C. Oficina: Carrera 5 No. 39-00. Correo electrónico: vicmar@javeriana.edu.co

Abstract

We cannot ignore the tireless work pope John Paul II has deployed on social doctrine. His different interventions and actions in favor of the underprivileged, as well as his positions on conflicting subjects as war and famine, where the intervention of the Church is evident, have acquired in recent decades a truly evangelical flavor and a prophetic tone with social implications in the context of our world.

The social encyclicals published during the present pontificate, Laborem Exercens, Sollicitudo Rei Socialis, and Centesimus Annus, are first rate documents that offer the social directives pope Karol Wojtila has chosen to hand down to a present world marked by the absence of peace, lack of ecological balance and full of the most sophisticated means of ending life in the planet.

Key words: Social doctrine, values, dignity, work, human rights, justice, property, state, peace, life.

La labor del papa Juan Pablo II en cuanto a materia social ha sido abundante y riquísima. Durante todo su tiempo de pontificado, la cuestión social en sus diversos y variados tópicos ha sido algo que le ha preocupado y en lo cual ha intervenido con particular dedicación. Es preciso anotar que los cambios sociales vividos por el mundo, durante estas últimas décadas, en materia sociopolítica, económica, cultural y religiosa así lo ameritaban.

La mayoría de los críticos, politólogos y especialistas parecieran unánimes en afirmar cómo los pronunciamientos, intervenciones y acciones del Pontífice han sabido responder a estos tiempos de profundas y variadas transformaciones y cómo han podido hacer frente desde posiciones evangélicas claras y radicales a los embates del mundo; un mundo que en poco tiempo ha sido testigo y protagonista de hechos -al interior de cada una de las naciones y en el orden internacional- que han afectado el contexto social mundial.

Dada la abundancia de material sobre la cuestión social, mi aporte es modesto y reducido. Sólo me he circunscrito a compartir las encíclicas que en materia social el Papa ha dado a conocer. Estudiarlas nos proporciona la comprensión de las situaciones que afectan nuestro bienestar social, reali-

dades verdaderamente complejas a las cuales se ha tratado de responder, y las directrices y derroteros por los cuales hemos de seguir avanzando cuando de doctrina social se trata.

El valor profético del actual pontificado en materia de doctrina social no sólo está tanto en el contenido de sus pronunciamientos y en el momento oportuno de sus declaraciones, como en su misión proyectiva y en su compromiso real. Así lo manifiestan las encíclicas sociales promulgadas durante este tiempo de pastoreo de Juan Pablo II y la acción desplegada por la Iglesia como consecuencia de dichas intervenciones.

Con ocasión del XC aniversario de la encíclica *Rerum novarum*, el papa Juan Pablo II dio a conocer su encíclica *Laborem exercens* (AAS. 73, 1981, pp. 577-647), el 14 de septiembre de 1981. Seis años más tarde, queriendo rendir un homenaje a la *Populorum progressio*, en el año de su vigésimo aniversario, promulgó la encíclica *Sollicitudo rei socialis* (AAS. 80, 1988, pp. 513-586), el 30 de diciembre de 1987. Y ya hace doce años, el 1 de mayo de 1991, fue promulgada la encíclica *Centesimus annus* (AAS. 83, 1991, pp. 793-867), con motivo del centenario de la *Rerum novarum*.

ENCÍCLICA *LABOREM EXERCENS*

El trabajo distintivo característico del hombre y dimensión fundamental de la existencia humana, ante los nuevos cambios -que suscitan interrogantes y problemas como esperanzas y temores- hace que la Iglesia considere deber suyo “recordar siempre la dignidad y los derechos de los hombres del trabajo, denunciar las situaciones en las que se violan dichos derechos, y contribuir a orientar estos cambios para que se realice un auténtico progreso del hombre y de la sociedad” (LE,1).

En continuidad orgánica con la acción y la enseñanza social de la Iglesia, en conexión con la tradición y de acuerdo con las orientaciones del Evangelio al dar a conocer la atención de la Iglesia por la cuestión social, que ha adquirido en el mundo contemporáneo una dimensión universal, Juan Pablo II sitúa el problema del trabajo humano como “centro” y “clave esencial de toda la cuestión social” (LE, 2-3).

Afirmar que “el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra” es una convicción basada en la fuente misma de la revelación. Así, la Iglesia se dirige al hombre no sólo a la luz de

la experiencia histórica o con la ayuda de los múltiples métodos de conocimiento científico, sino ante todo a la luz de la Palabra del Dios vivo: "Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla."(Gn.1,28). "En la realización de este mandato, el hombre, todo ser humano, refleja la acción misma del Creador del universo." (LE, 4)

Considerar el trabajo como algo propio del hombre -continúa el Papa- lleva a concluir que el trabajador, el hombre que trabaja, es el principio, sujeto y fin de la actividad laboral. Igualmente, la misma esencia ética del trabajo está fundamentada en la persona, porque para determinar el valor del trabajo humano, más allá del tipo de trabajo que se realiza, se ha de llegar a quien lo realiza. Por consiguiente, el trabajo en su dimensión objetiva y subjetiva apunta al hombre (LE, 5-6).

Ante una situación de explotación y violación de la dignidad del trabajo humano que ha degradado al hombre como sujeto del trabajo, ha surgido una gran solidaridad, toma de conciencia y compromiso que ha llevado a cambios profundos. "La iglesia está vivamente comprometida en esta causa, porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la 'Iglesia de los pobres'." (LE, 8)

Hoy el conflicto entre trabajo y capital como un conflicto socioeconómico con carácter de clase ha encontrado su expresión en el conflicto ideológico. Tal antinomia entre trabajo y capital debe ser superada (LE,11-15). "La jerarquía de valores, el sentido profundo del trabajo mismo exigen que el capital esté en función del trabajo y no el trabajo en función del capital." (LE, 23)

Cambios profundos, una razonable planificación y una organización adecuada han de responder a los derechos de los hombres del trabajo: actuar contra el desempleo, convertir el salario justo en la verificación concreta de la justicia, asegurar otras prestaciones sociales, servirse del derecho a asociarse -pues los sindicatos constituyen un exponente de la lucha por la justicia social- son factores constructivos de orden social y solidaridad (LE, 16-20). También lo son el proclamar y promover el justo valor del trabajo agrícola como base de una sana economía, ofrecer trabajo a las personas minusválidas según sus posibilidades, no explotar una situación de coacción en la que se encuentra el emigrado por motivo de trabajo (LE, 21-23).

Todos estos elementos -finaliza el Papa-, necesitan “el esfuerzo interior del espíritu humano, guiado por la fe, la esperanza y la caridad, con el fin de dar al trabajo del hombre concreto (...) aquel significado que el trabajo tiene ante los ojos de Dios, y mediante el cual entra en la obra de la salvación” (*LE*, 24). Es en Jesús de Nazaret, en su vida y obras, en el misterio pascual de Jesucristo, donde es necesario buscar la respuesta a estos problemas. Como cristianos, nuestro trabajo ha de responder no sólo al progreso terreno cuanto al desarrollo del Reino de Dios (*LE*, 25-27).

ENCÍCLICA *SOLLICITUDO REI SOCIALIS*

Dos son los objetivos que se propone Juan Pablo II con esta encíclica: rendir un homenaje a la *Populorum progressio*, temática que se propone actualizar y que está citada a lo largo de todo el documento; y afirmar la continuidad y renovación de la doctrina social de la iglesia a partir del *corpus* doctrinal que se ha formado desde las aportaciones de León XIII hasta hoy (*SRS*, 1-4).

Es así como en la primera parte el Papa presenta la novedad de la encíclica *Populorum progressio* como aplicación de las enseñanzas conciliares y respuesta a la preocupación que inspiró en el Concilio “la situación de miseria y de subdesarrollo, en la que viven tantos millones de seres humanos” (*SRS*, 6). Tal novedad -continúa el Papa-, se puede valorar en tres puntos: el primero, “la aplicación de la Palabra de Dios a la vida de los hombres y de la sociedad, así como a las realidades terrenas (...) ofreciendo ‘principios de reflexión’, ‘criterios de juicio’ y ‘directrices de acción’. (...) con una orientación eminentemente práctica, o sea, orientada a la conducta moral” (*SRS*, 8). El segundo, la dimensión mundial que ha adquirido la cuestión social, no tanto en su carácter histórico cuanto en la valoración moral de esta realidad. El tercero, la exigencia de justicia debe ser satisfecha igualmente a nivel universal, “considerada la mentalidad actual que es tan sensible al íntimo vínculo que existe entre el respeto de la justicia y la instauración de la paz verdadera” (*SRS*, 10).

En la segunda parte, Juan Pablo II expone brevemente el contexto social contemporáneo desde la óptica de la *Populorum progressio*. El panorama mundial ha cambiado en estos últimos veinte años (*SRS*, 11): “Son muchos millones los que carecen de esperanza debido al hecho de que, en muchos lugares de la tierra, su situación se ha agravado sensiblemente. Ante estos dramas de total indigencia y necesidad, en que viven muchos de nues-

tros hermanos y hermanas, es el mismo Señor Jesús quien viene a interpelarnos (cfr., Mt. 25,31-46).” (SRS, 13)

No sólo se constata que el abismo entre el Norte desarrollado y el Sur en vías de desarrollo se hace mayor, sino que las desigualdades sociales han llevado a niveles de miseria en los países ricos y a manifestaciones de egoísmo y escandalosa ostentación en los países menos desarrollados. La distancia creciente de este abismo compromete seriamente la unidad de la humanidad (SRS, 14).

A los elementos económicos y sociales del subdesarrollo hemos de unir los culturales y políticos: el analfabetismo, la imposibilidad de instrucción superior, la incapacidad de participación e intervención en los destinos de la nación, las diversas discriminaciones, como las diferentes formas de explotación y opresión en el orden económico, social, político y religioso. Son muchas las formas de pobreza que se constatan en la carencia o limitación de los derechos humanos a la libertad religiosa, a la libertad de asociación y de participación, al derecho de iniciativa económica (SRS, 15). “Es necesario denunciar la existencia de unos mecanismos económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres funcionan de modo casi automático, haciendo más rígida las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros.” (SRS, 16)

La falta de vivienda, el desempleo y el subempleo son fenómenos específicos del subdesarrollo que afectan a todas las naciones (SRS, 17-18). Junto a ellos, “el fenómeno de la interdependencia existente entre los países desarrollados y menos desarrollados. Es la cuestión de la deuda internacional (...)” (SRS, 19).

El examen de las causas de esta situación lleva al Papa a señalar la contraposición geopolítica, ideológica y militar de dos bloques existentes: “En Occidente existe, en efecto, un sistema inspirado en el capitalismo liberal (...); en Oriente se da un sistema inspirado en el colectivismo marxista (...)” (SRS, 20). “Oposición entre dos concepciones del desarrollo mismo de los hombres y de los pueblos, de tal modo imperfectas que exigen una corrección radical (...). Esta es una de las razones por las que la doctrina social de la iglesia asume una actitud crítica tanto ante el capitalismo liberal como ante el colectivismo marxista.” (SRS, 21)

Cada bloque en su tendencia imperialista impide la autonomía de las naciones, y convierte a los países subdesarrollados en simples piezas de un mecanismo mayor. Ahí el uso indebido de los medios de comunicación y la producción y comercio de las armas atentan contra un verdadero desarrollo, y traen como consecuencia la acentuación de millones de refugiados y la plaga del terrorismo (*SRS*, 22-24).

Aunque el panorama del mundo contemporáneo es en general negativo, no dejan de existir aspectos positivos que complementan la situación real del desarrollo. El Papa indica, entre otros, los siguientes: la conciencia por parte de hombres y mujeres, pueblos y naciones, de la dignidad del hombre, de la preocupación por el respeto de los derechos humanos y la decisión a rechazar sus violaciones; la convicción de una radical interdependencia que debe ser traducida en el plano moral por una solidaridad necesaria; el respeto por la vida y por consiguiente una preocupación por la paz; la preocupación ecológica; y finalmente, el empeño y esfuerzo “de gobernantes, políticos, economistas, sindicalistas, hombres de ciencia y funcionarios internacionales -muchos de ellos inspirados por su fe religiosa- por resolver (...) los males del mundo (...)” (*SRS*, 26).

La naturaleza y las características de un auténtico desarrollo humano son presentadas por el Papa en la tercera parte de la encíclica. No podemos concebir el desarrollo como un proceso automático e ilimitado de acumulación de bienes y servicios, pues aun el superdesarrollo propio de una sociedad consumista ha llevado a un materialismo craso y a una radical insatisfacción. El desarrollo ha de estar regido por un objetivo moral y por una orientación dirigida al verdadero bien y a la felicidad auténtica (*SRS*, 27). “Para alcanzar el verdadero desarrollo es necesario no perder de vista dicho parámetro, que está en la naturaleza específica del hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza (cfr., Gn. 1,26). Naturaleza corporal y espiritual, simbolizada en el segundo relato de la creación por dos elementos: la tierra, con la que Dios modela al hombre, y el hálito de vida infundido en su rostro (cfr., Gn. 2,7).” (*SRS*, 29)

Una lectura teológica de la problemática actual -realizada por el Papa en la cuarta parte- nos lleva a identificar la raíz de los males que aquejan a la humanidad: el pecado y las estructuras de pecado. “La condición del hombre es tal que resulta difícil analizar profundamente las acciones y omisio-

nes de las personas sin que implique, de una u otra forma, juicios o referencias de orden ético.” (SRS, 36)

Identificada la naturaleza real del mal a la que se enfrenta el desarrollo de los pueblos, “un mal moral, fruto de muchos pecados que llevan a estructuras de pecado” (SRS, 36). El camino que se ha de seguir para superar tal situación “implica ante todo un valor moral (...) requerido por la voluntad de Dios, único fundamento verdadero de una ética absolutamente vinculante” (SRS, 37). Este camino de conversión exige el ejercicio de la solidaridad, que “nos ayuda a ver al ‘otro’ -persona, pueblo o nación- (...) como un ‘semejante’ nuestro, una ‘ayuda’ (cfr., Gn. 2,18.20), para hacerlo partícipe, como nosotros, del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios. De aquí la importancia de despertar la conciencia religiosa de los hombres y de los pueblos” (SRS, 39).

En la quinta parte, el Papa presenta algunas anotaciones particulares orientadas al carácter propio de la doctrina social de la Iglesia, que unida a su misión evangelizadora “debe orientar la conducta de las personas, tiene como consecuencia el ‘compromiso por la justicia’ según la función, vocación y circunstancias de cada uno” (SRS, 41). La doctrina social de la Iglesia, en la línea del Concilio Vaticano II y de las encíclicas precedentes, tiene hoy el deber de abrirse a las perspectivas internacionales. Así, temas como “la opción o amor preferencial por los pobres” no sólo debe interpelar nuestra vida cotidiana, sino a los responsables de las naciones y a los organismos internacionales; debe traducirse a todos los niveles en acciones concretas y eficaces (SRS, 42-45).

El Papa concluye la encíclica haciendo referencia a cómo en América Latina se ha afrontado la miseria y el subdesarrollo a partir de la liberación, la cual debe vencer el pecado y las estructuras que llevan al mismo. “La libertad con la cual Cristo nos ha liberado (cfr., Gl. 5,1) nos mueve a convertirnos en siervos de todos. De esta manera el proceso del desarrollo y de la liberación se concreta en el ejercicio de la solidaridad, es decir, del amor y servicio al prójimo, particularmente a los más pobres.” (SRS, 46)

La eucaristía, sacramento y sacrificio, vínculo de unidad con Dios y entre nosotros, que nos envía al mundo a testimoniar con nuestra fe y obras la venida del Reino de Dios, nos lleva a descubrir el sentido profundo de nuestra acción en el mundo en favor del desarrollo y de la paz (SRS, 48). Tras presentar a María y confiar a su intercesión las difíciles situaciones del mun-

do actual, el Papa invita a todos a la reflexión y al compromiso activo en promover el verdadero desarrollo de los pueblos (SRS, 49).

ENCÍCLICA *CENTESIMUS ANNUS*

En gratitud con León XIII, Juan Pablo II toma la voz de la Iglesia universal para celebrar el centenario de la *Rerum novarum*. Esta conmemoración hace referencia a las demás encíclicas que han contribuido a actualizarla ante el paso de los años y que han constituido doctrina social de la Iglesia (CA, 1-2).

En la introducción el Papa presenta el itinerario a seguir: se trata de una relectura de la encíclica leoniana para descubrir su riqueza desde una mirada retrospectiva; una mirada a la novedad del presente que nos lleve a discernir las nuevas exigencias de evangelización; y una mirada al futuro, horizonte de incógnitas y promesas que al estimular nuestra creatividad y responsabilidad nos lleven a seguir a quien es el camino, la verdad y la vida (cfr., Jn. 14, 6) (CA, 3).

En la primera parte, Juan Pablo II recoge los puntos principales de la *Rerum novarum*. Señala el contexto histórico de entonces, caracterizado por profundos cambios políticos, económicos y sociales (CA, 4); la sociedad se encontraba dividida, el conflicto entre el capital y el trabajo, identificado por el Papa como “la cuestión obrera”, lo llevaba a no callar. Ayer como hoy, nos hallamos ante una reflexión válida en donde “la paz se edifica sobre el fundamento de la justicia: contenido esencial de la encíclica fue precisamente proclamar las condiciones fundamentales de la justicia en la coyuntura económica y social de entonces” (CA, 5). León XIII defiende los derechos de los trabajadores, la dignidad del trabajo, la propiedad privada y otros derechos propios de la persona humana (CA, 6-9). Al criticar el socialismo y el liberalismo aporta enseñanzas, aún valiosas para nuestros días, en la concepción de la relación entre el estado y los ciudadanos. Se subraya de manera especial el principio de la solidaridad (CA, 10) y la preocupación de la Iglesia por los pobres, los predilectos de Jesús (CA, 11).

La segunda parte es un “ver” la situación actual. El Papa se detiene en señalar el error fundamental del socialismo: su concepción antropológica (CA, 12-13). “Es el error que, como ya se ha dicho, consiste en una concepción de la libertad humana que la aparta de la obediencia de la verdad y, por tanto, también del deber de respetar los derechos de los demás hombres. El

contenido de la libertad se trasforma entonces en amor propio, con desprecio de Dios y del prójimo; amor que conduce al afianzamiento ilimitado del propio interés y que no se deja limitar por ninguna justicia.” (CA, 17)

La amenaza de una guerra mundial no deja de ser una realidad angustiante que se cierne sobre el mundo, donde la lógica de la guerra prevalece (CA, 18). Después de la segunda guerra mundial se asiste en algunos países a un proceso de reconstrucción de “una sociedad democrática inspirada en la justicia social que priva al comunismo de su potencial revolucionario, constituido por muchedumbres explotadas y oprimidas”(CA, 19). Junto a ellas, existen otras fuerzas sociales inspiradas en la seguridad nacional y otras en la sociedad del bienestar o del consumo. También, durante este período, muchos países recobran su independencia, se desarrolla el proceso de “descolonización”, que trae consigo para las jóvenes naciones nuevos problemas (CA, 20). A la vez -anota el Papa-, no podemos desconocer la difusión y el reconocimiento cada vez mayor de los derechos humanos (CA, 21).

La tercera parte está dedicada a los acontecimientos ocurridos en 1989, particularmente, en Europa central y oriental; y junto a ello, la caída de los regímenes dictatoriales y opresores en América Latina y África durante la década de los ochenta, con la ayuda importante y decisiva por parte de la Iglesia (CA, 22). Se ha llegado allí gracias a “una lucha pacífica, que emplea solamente las armas de la verdad y de la justicia” (CA, 23). Luego de señalar la violación de los derechos del trabajador y la ineficiencia económica, el Papa anota como verdadera causa de la crisis “el vacío espiritual provocado por el ateísmo, el cual ha dejado sin orientación a las jóvenes generaciones y en no pocos casos las ha inducido, en la insoslayable búsqueda de la propia identidad y del sentido de la vida, a descubrir las raíces religiosas de la cultura de sus naciones y la persona misma de Cristo, como respuesta existencial adecuada al deseo de bien, de verdad y de vida que hay en el corazón de todo hombre” (CA, 24).

Como consecuencias de tales acontecimientos, el Papa señala el encuentro entre la Iglesia y el movimiento obrero (CA, 26). Los cambios que se operan en algunos países de Europa, para los que comienza ahora, en cierto sentido, la verdadera posguerra (CA, 28), y a los cuales los otros países han de ayudar como deuda de justicia. Se trata de “fundar sobre el trabajo solidario una vida más digna, hacer crecer efectivamente la dignidad y la creativi-

dad de toda persona, su capacidad de responder a la propia vocación y, por tanto, a la llamada de Dios” (CA, 29).

La cuarta parte está dedicada a la propiedad privada y el destino universal de los bienes (CA, 30-43). “Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno. He ahí, pues, la raíz primera del destino universal de los bienes de la tierra. Ésta, por su misma fecundidad y capacidad de satisfacer las necesidades del hombre, es el primer don de Dios para el sustento de la vida humana. Ahora bien, la tierra no da sus frutos sin una peculiar respuesta del hombre al don de Dios, es decir, sin el trabajo.” (CA, 31). Sin embargo, son muchos los hombres que están marginados, son muchos los pobres que permanecen en estado de humillante dependencia, no sólo por la falta de bienes materiales sino de saber y de conocimientos (CA, 33). Por tanto, “es un estricto deber de justicia y de verdad impedir que queden sin satisfacer las necesidades humanas fundamentales y que perezcan los hombres oprimidos por ellas” (CA, 34).

Es así como se abre un gran camino por recorrer y por construir, “un campo de acción y de lucha, en nombre de la justicia, para los sindicatos y demás organizaciones de los trabajadores” (CA, 35), en donde el capitalismo no puede presentarse ante la derrota del socialismo como el único modelo económico. Más aún, se ha de hacer frente a los problemas y amenazas que surgen de las economías más avanzadas, ante las cuales se impone una determinada cultura de la cual nacen fenómenos tales como el consumismo (CA, 36), la cuestión ecológica (CA, 37), la destrucción del “ambiente humano” (CA, 38), que son contrarios a la dignidad de la persona, terminando por alienarla y oprimirla. Trabajar por fortalecer la “ecología humana” es trabajar en favor de la familia (CA, 39), defender los bienes colectivos (CA, 40), al querer alcanzar una justa paz social (CA, 43).

La quinta parte hace referencia al estado y la cultura. Se puntualiza el rechazo a todo sistema de totalitarismo, cuyos principios y acción comportan siempre la negación de la Iglesia (CA, 44-45), y de igual manera, la simpatía de la Iglesia por un verdadero sistema democrático (CA, 46), cuya preocupación central sea el reconocimiento de los derechos humanos: derecho a la vida, a vivir en una célula familiar, a madurar la propia inteligencia y libertad, a participar en el trabajo, a fundar libremente una familia, a educar a los hijos, etc.. “Fuente y síntesis de estos derechos es, en cierto sentido, la liber-

tad religiosa, entendida como derecho a vivir en la verdad de la propia fe y en conformidad con la dignidad trascendente de la propia persona.” (CA, 47)

Tales consideraciones se reflejan igualmente en el sector de la economía a nivel del estado (CA, 48). En la Iglesia, que nunca ha dejado de lado la caridad operante, destaca el Papa la labor del voluntariado (CA, 49). Sin embargo, para superar la mentalidad individualista, hoy, se requiere un compromiso concreto de solidaridad y caridad que ha de comenzar en la familia, con la ayuda mutua de los esposos y con la atención entre las generaciones (CA, 49). “La evangelización se inserta también en la cultura de las naciones.” (CA, 50). Ahí es donde la Iglesia contribuye decisivamente en favor de la verdadera cultura (CA, 51): una cultura del desarrollo y de la paz (CA, 52).

En la sexta parte el Papa afirma como la única finalidad y preocupación de la Iglesia es el hombre (CA, 53-62). “La doctrina social, especialmente hoy día, mira al hombre, inserto en la compleja trama de relaciones de la sociedad moderna. Las ciencias modernas y la filosofía ayudan a interpretar la centralidad del hombre en la sociedad y a hacerlo capaz de comprenderse mejor a sí mismo, como ‘ser social’.” (CA, 54). Es así como la doctrina social de la Iglesia se ha de considerar como instrumento de evangelización, en donde el mensaje social del Evangelio, más que una teoría, es estímulo y fundamento de acción (CA, 57). “El amor por el hombre y, en primer lugar, por el pobre, en el que la Iglesia ve a Cristo, se concreta en la promoción de la justicia.” (CA, 58). Subraya el Papa la dimensión de interdisciplinariedad y la dimensión práctica de la doctrina social (CA, 59).

Finalmente, termina el Papa reiterando a los creyentes y a todos los hombres de buena voluntad el compromiso ante los desafíos que se vislumbran desde los umbrales del nuevo siglo (CA, 61-62). Agradece a Dios la luz que ha dado a la Iglesia para mantenerse fiel en el camino del hombre y pide a María su maternal intercesión en favor de la humanidad (CA, 62).

UNA VOZ PROFÉTICA EN DOCTRINA SOCIAL

Hoy como ayer, el trabajo sigue siendo característica fundamental en el ser y hacer del hombre en relación consigo mismo, con los otros y con el mundo. Igualmente, no podemos desconocer la realidad de degradación de la humanidad como consecuencia de la explotación y violación de la dignidad del trabajo humano.

El conflicto entre trabajo y capital sigue teniendo hondas repercusiones socioeconómicas, ha contribuido en la marcada división de clases sociales y ha alimentado un conflicto ideológico, si no ya hoy entre el liberalismo capitalista y el comunismo marxista, sí entre el liberalismo económico y la búsqueda de nuevas y distintas formas que hagan posible la no-separación ni contraposición entre capital y trabajo.

Los profundos cambios propuestos por el Papa todavía hoy son mirados como deseos que se pueden llevar a cabo, máxime cuando las situaciones que tratan de solucionar son hoy más acuciantes: el desempleo, el salario justo, la práctica de la justicia social, el derecho a la asociación, el valor de trabajo agrícola.

Una mirada cristiana aporta elementos para una "espiritualidad del trabajo" que nos sitúan ante éste como posibilidad de participar en la obra creadora de Dios, y en la centralidad en la persona de Jesucristo, quien con su vida, pasión y resurrección incorpora todo trabajo humano a su obra salvífica.

Hoy como ayer la realidad de la miseria y subdesarrollo de más de las tres cuartas partes de la humanidad no sólo exige de nosotros la no indiferencia, como el compromiso afectivo y efectivo en contribuir con planes y líneas reales de acción surgidas de una valoración moral; valoración que lleve a la práctica de la justicia e instaure una verdadera paz.

La unidad de la humanidad sigue seriamente comprometida por la fisonomía abismal de la desigualdad social, donde extremos inimaginables de riqueza, lujo y ostentación como de pobreza, marginalidad y miseria, ya han sido evidenciados de manera escandalosa.

La situación en el orden mundial tiende a agravarse en razón del crecimiento del analfabetismo, la pobreza, la discriminación, la pérdida de derechos humanos y diversas maneras de explotación y opresión. Además, dos fenómenos presentan cada vez mayor preocupación: los millones de refugiados y desplazados que lo han perdido todo (vivienda, trabajo, tierra, familia), y el terrorismo, cuya onda de acción ha incrementado el terror y la inseguridad en el último lustro.

No podemos desconocer, sin embargo, que hoy más que en cualquier otro tiempo de la historia, la humanidad tiene una clara y mayor conciencia

de la dignidad del hombre, la defensa de los derechos y el rechazo a cualquier forma de violación de los mismos; así mismo, del trabajo en favor de la vida, de la paz y del equilibrio ecológico.

Una mirada desde la vida creyente nos lleva a identificar el mal de esta realidad como proveniente del pecado y de sus estructuras y por tanto el orden moral como el fundamento del desarrollo de los pueblos donde el ejercicio de la solidaridad se haga realidad.

Las orientaciones particulares del Papa nos llevan a seguir subrayando la opción preferencial por los pobres. Es tal la situación de pobreza de la humanidad que implica propuestas de acción en todos los órdenes.

Hoy como ayer hemos de responder al futuro desde los retos y desafíos que se nos hacen. Es necesario discernir la novedad del presente para poder dar respuestas creativas y responsables. Sin embargo, el contexto histórico cambia y la doctrina social de la Iglesia ha de velar para que las condiciones fundamentales de la justicia se hagan realidad.

La justicia social es reclamada cuando ella se ve amenazada por sociedades de totalitarismos de fuerza, sociedades de seguridad nacional o sociedades de consumo. La amenaza de una guerra mundial sigue siendo hoy una realidad que nos angustia y afecta, pues la lógica de la guerra se hace cada vez más notoria queriéndose imponer. Mientras, se continúa trabajando por una lucha pacífica basada en la verdad y en la justicia.

Se constata una pérdida de sentido e identidad a causa de un profundo vacío espiritual. El ateísmo continúa causando verdaderos estragos en todo el mundo.

La búsqueda de la paz como producto de la justicia se ha visto traducida en fortalecer una "ecología humana", el trabajo por la familia, el bien común y la solidaridad. La doctrina social de la Iglesia tiene como horizonte al hombre en su realidad concreta.

Preocupaciones reales y líneas concretas de acción y compromiso es lo que constatamos en el magisterio social de Juan Pablo II. Si en otros ámbitos y campos es criticado, en material de doctrina social el Papa es directo, provocador y profético. Sus pronunciamientos han sido muy oportunos y hechos con autoridad.

La búsqueda incansable de la paz, cada vez más amenazada por los vientos de guerra, el desequilibrio ecológico que nos está llevando a la des-

trucción del planeta y el no reconocimiento de los derechos humanos fundamentales, han sido preocupaciones constantes del papa Juan Pablo II a las cuales ha querido responder desde su vida y misión. Así queda reflejado en su magisterio social.

BIBLIOGRAFÍA

53

- ABRIL, VIDAL CASTELLO, "Los teólogos juristas en la escuela de Salamanca, padres de los derechos humanos en el mundo moderno y contemporáneo", en *Religión y cultura*, Vol. 44, No. 205, abril-junio de 1998.
- AUBERT, J.M., *Pour une théologie de l'âge industriel*, Edit. Cerf., París, 1971.
- AA. VV., *Doctrina social de la Iglesia*, Conferencia Episcopal de Colombia, Secretariado Nacional de Pastoral Social, Bogotá, 1998.
- BIANCHI, G.; SALVI, R., "Socialismo", en DEMARCHI, F.; ELLENA, A., *Dizionario di sociologia*, Paoline, Roma, 1976.
- BULLO, JOSÉ, "Nueva metodología en la doctrina social de la iglesia", en *Revista de Ciencias Morales*, Vol. 21, No. 77, enero-marzo de 1998.
- DUILIO, BONIFAZI; LUIGI, ALICI, *Il pensiero del novecento. Filosofia, scienza, cristianesimo*, Queriniana, Brescia, 1985.
- GONZÁLEZ CARVAJAL, LUIS, *Entre la utopía y la realidad: curso de moral social*, Sal Terrae, Santander, España, 1998.
- MARTINA, GIACOMO, "La chiesa nell'età dell'assolutismo del liberalismo del totalitarismo". IV. *L'età del totalitarismo*. Morcelliana, Brescia, 1984.
- SEBÁ LÓPEZ, HERNANDO, *Curso de doctrina social de la Iglesia*, San Pablo, 2003.

